

El decir de la memoria

U

na gran ternura se apodera de Goethe durante su estancia en Marienbad. Ha sido padre y abuelo. Acaba de cumplir ochenta años. Quizá entonces es cuando anota: “para saber cómo saben las cerezas y las fresas hay que preguntárselo a los niños y a los gorriones”.

Me lo cuenta Ángel Lázaro y luego me enseña con cierta bonhomía un poema de Goethe que dice parece escrito para mí:

“¡Oh santa dicha la de ver el término
de la obra cotidiana entre mis manos!
Que nunca en mi faena yo desmaye.
¡No, no es verdad que sean sueños vanos!
Esos desnudos troncos algún día
darán sombra y también frutos lozanos”.

Le confieso que tiene razón. Y me emociono. Yo también soy padre y abuelo y he cumplido ochenta años. La imagen poética del tronco me trae a la memoria los versos de Machado:

“Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido

Ángel sonríe y termina el recitado del verso:

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera”.

- Verás, una de mis nietas, que tiene tres años y es una guindilla y se llama Teresa, ayer me llamó por teléfono para decirme muy ufana: “Abuelo ya leo, abuelo también sé escribir”. ¿No es como contemplar el milagro de la primavera que pedía Machado?

Ángel me coge del brazo y me dice muy bajito: “Abuelo, ¿tú crees que nosotros sabemos leer y escribir con esa alegría descubridora de tu nieta Teresa?”

Los Pequeños Grandes Libros de la Enciclopedia Pulga miden 10,5 cm de alto y 7,5 cm de ancho. Su precio es de 1,50 pesetas. Impresos en Gráficas Guada S. R. C., calle Rosellón 24 de Barcelona. Dejan claro ser Servidores de la Cultura y “se proponen hacer llegar a todo el mundo, por modesto que sea, la suma de conocimientos adquiridos por el hombre a través de los siglos. En nuestra minúscula Enciclopedia se hallarán comprendidos todas las ramas del saber humano, desde la más remota antigüedad hasta los más avanzados descubrimientos de nuestros días”. Así lo atestigua la obrita que tengo en mis manos, concretamente *Albertina y yo* de Noel Clarasó. Conservo muchos más libros Pulga y el mensaje de contraportada suele variar. Merece la pena reproducir alguno. Así se nos dice que “los temas que desarrolla la Enciclopedia están tratados por autores de la máxima competencia. Su contenido está escrupulosamente seleccio-

nado y los tomos pueden ponerse en las manos de cualquiera con toda tranquilidad". En otro ejemplar leo: "Los libros de Pulga son formativos para la gente menuda, instructivos para la juventud, amenos para ambos sexos, imprescindibles para las personas mayores y sorprendentemente baratos para todos. Sus hijos le agradecerán este regalo y usted disfrutará con su lectora tanto o más que ellos". Y como remate copio lo siguiente: "El contagio no es un ahorro. Piense por un momento los males de todo orden que puede acarrearle la lectura del libro que ha pasado por diversas manos. Ahora no necesita usted pedir novelas prestadas. Con nuestra minúscula Enciclopedia puede formar la más completa e interesante biblioteca por un mínimo precio. Los sistemas de pago también estaban previstos: giro postal, giro telegráfico, sellos de correos y cheque bancario, en el caso de no encontrar los ejemplares en los quioscos y librerías que acostumbre visitar".

Realmente tuve otros libros del mismo tamaño que todavía no se encuadraban en tan asombrosa Enciclopedia. Pertenecían a la Colección Velaleta de la Editorial Mon, calle Cicerón 16 de Madrid. Los que aún guardo son: Bahamontes; El Ángel de Dien-Bien-Fu; El extraño caso de Wilma Montesi; Chamaco; El Everest conquistado; Los Duques de Windsor; El Mau-Mau; Gibraltar, herida abierta; Lawrence, Rey sin trono; S. S. Pio XII y El Duque de Osuna. Sus páginas han cobrado ya un tono color maíz, los textos parecen un desfile de hormigas por lo diminuto de las letras. Y sin embargo, en el recuerdo de mis aprendizajes, son un tesoro tan humilde como insustituible.

Otra colección de libros de mayor estatura y bulto, que en parte también guardo, se encuadran bajo el título general de Bazooka. Novelas bélicas con personajes de corte cinematográfico, escenas situadas en batallas y combates de la Segunda Guerra Mundial, salpimentadas con romances no menos hollywoodienses. En los relatos, japoneses y rusos son siempre los malos, los americanos siempre los buenos y los alemanes depende de quiénes sean sus enemigos. Muestran magníficas ilustraciones, mapas, dibujos de Chaco Pino, retratos de los jefes militares y los protagonistas de sus aventuras. Los textos se atribuyen casi siempre a un tal H. Onson,

posiblemente un seudónimo. La guerra inspira otra serie de historias en formato de comics, como ahora se dice, que valoro muchísimo por la calidad de sus tiras de dibujos, obra de Boixcar. El nombre ya era un acierto: Hazañas Bélicas. Tapa dura, editados por Toray. No puedo dejar de mencionar aquí a otros libros que fueron muy populares en mi infancia y juventud. Novelas de detectives, crímenes, agentes del FBI o ambientadas en el Far West, escritas por Marcial Lafuente Estefanía, todo un maestro en el género, un éxito editorial paralelo a las películas de indios y vaqueros del Oeste americano. El Coyote, el Zorro y otros héroes novelescos como Superman, trotaban entre los libros baratos y los tebeos. Más tarde llegaría Guillermo Brown y sus travesuras, el duelo entre los dos grandes maestros, Emilio Salgari y Julio Verne, los libros eternos de Stevenson, Kipling, Poe, Melville, Conrad, Marc Twain. En fin, amigo, la juventud.

Me ha visitado Giovanni Papini que regresa de un viaje a Leipzig donde mantuvo una reunión con su personaje Gog y me entrega, con cierta ironía, el siguiente texto: “Recorriendo hoy una exposición de la imprenta me he dado cuenta de que toda la civilización –al menos en sus elementos más delicados y esenciales– se halla unida a la materia más frágil que existe: el papel.

“Pienso que todo el crédito del mundo consiste en millones de billetes de banco, de letras y talones que no son más que trocitos de papel. Pienso que toda la propiedad industrial de los continentes consiste en millones de acciones, certificados y obligaciones: trocitos de papel. Los despachos de los notarios y de los abogados están atestados de documentos y de contratos de los que depende la vida de millones y millones de hombres, y no son nada más que papeles ligeramente emborrados. Los registros de las poblaciones, los archivos de los ministerios y de los Estados: fajos de papeles amarillentos. Las bibliotecas públicas y privadas: montones de papel impreso.

“En las oficinas públicas, en los parlamentos, todo marcha adelante a fuerza de trocitos de papel: circulares, bonos, recibos, votos, borrado-

res, cartas, informes. Papel escrito a mano, papel escrito a máquina, papel impreso. Tanto los periódicos como los water-closets consumen cada año toneladas de papel.

“La materia prima de la vida moderna no es el hierro, ni el petróleo, ni el carbón, ni el caucho: es el papel. Cada día caen bosques enteros bajo el hacha para proporcionar una cantidad enorme de una sustancia que no tiene la duración ni la dureza de la madera. Si las fábricas de papel se cerasen, la civilización quedaría paralizada.

“Antiguamente, las monedas eran todas de metal; los documentos se extendían en pergamino o se grababan en el mármol y en el bronce, y los libros de los asirios y de los babilonios estaban escritos en ladrillos. Ahora, nada resistente ni duradero: un poco de pasta de madera y de cola, sustancias deteriorables y combustibles a la que se confían los bienes y los derechos de los hombres, los tesoros de la ciencia y del arte. La humedad, el fuego, la polilla, las termitas, los topos, pueden deshacer y destruir esa masa inmensa de papel en que reposa lo que hay de más caro en el mundo.

¿Símbolo de una civilización que sabe será efímera o de incurable imbecilidad?”.

Los libros de la colección Austral fueron fundamentales para mi generación. Se agrupaban en nueve series fáciles de distinguir por los colores del entramado de puntos de colador que diferenciaban portadas y contraportadas de cada serie. Así la *Azul* correspondía a Novelas y cuentos en general, la *Verde* a Ensayos y Filosofía, la *Anaranjada* a Biografías y vidas novelescas, la *Negra* a Viajes y reportajes, la *Amarilla* a libros políticos y documentos de época, la *Violeta* a Teatro y Poesía, la *Cris* a Clásicos, la *Roja* a Novelas policiacas, de aventuras y femeninas y la serie *Marrón* a Ciencia y técnica. Clásicos de la ciencia. Los editaba Espasa-Calpe y su pléyade de autores, variedad y calidad de contenidos temáticos, además de su ingente cantidad de títulos, constituyeron la auténtica *Biblioteca General*, la *Enciclopedia* viva y gigantesca del momento. En cada ejemplar

se acostumbraba a incluir este reclamo: “La colección Austral publica los libros de que se habla; los libros de éxito permanente; los libros que usted deseaba leer; los libros que aún no había leído porque eran caros o circulaban en malas condiciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan con una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros clásicos –de ayer, de hoy y de siempre–. Austral ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. Publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector”.

Aguilar era otra cosa más aristocrática. Papel biblia, cuidadosas ediciones, vestimenta académica marrón oscura con letras de oro y títulos inmortales. Cervantes, Tolstoi, Shakespeare, Dostoyevski, Balzac, Lope de Vega, Pereda, Blasco Ibáñez, García Lorca, Calderón, Gracián, Pérez Galdós, Molière.

Un auténtico friso de genios. Obras completas que condecoraban las librerías de nuestras casas como estandartes nobiliarios y heráldicos. La misma editorial tenía otros libros de tamaño menor y lomos y tapas en colores, como un jardín florecido. La *Colección Joya* hacía honor a su nombre. Aquí conocí a Rubén, Unamuno, Verlaine, Bécquer, Irving y muchísimos más. Los recuerdos librescos me llevan volando a otras editoriales que ilusionaron con novelas, poemas, ensayos y biografías los años universitarios. Molino, Plaza y Janés, Castalia, Bruguera, Planeta, Noguer, Alianza, Alfaguara, Destino, Losada. Los Clásicos Castellanos de Espasa Calpe, la más modesta serie de clásicos Ebro, las obras de Biblioteca Nueva, con autores de la Generación del 98. Apreciábamos las dedicatorias de los autores y los regalos de los amigos. Nos deleitaba visitar librerías de viejas ciudades y descubrir *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo* en ediciones decimonónicas. La escapada a Bayona y Biarritz nos permitía adquirir libros antifranquistas de Ruedo Ibérico, ejemplares de la *Le Livre de Poche* con textos de Sartre, Apollinarie, Cocteau o Françoise Sagan, sí su *Bonjour tristesse*. Las librerías eran otros templos iniciáticos en Pamplona. Gómez, Aramburu, Leoz, Abárzuza, Casa del Libro, Escudero. En una especie de rebotica o cuarto reservado para visitas de

conocidos, guardaba en la parte de atrás sus libros singulares. La librería de mi amigo estaba en la esquina, junto a la iglesia de San Antonio y al salir de misa los feligreses acostumbraban detenerse en ella para comprar los periódicos y revistas. ABC y Blanco y Negro también me los entregaban fielmente y luego pasábamos dentro, sin clientela en la entrada y me enseñaba novedades que importaba de Argentina y México. Éramos cómplices de intercambiar tebeos de colegiales y después, de mayores, nos divertíamos evocando aquellos tiempos. ¿No va a decir usted nada de la Cuesta de Moyano en Madrid o de los puestos en la ribera del Sena en París? Lo siento, se me olvidaba, pero tampoco dejemos de mencionar el Rastro o el mercadillo de las pulgas, amigo mío.

Ortega evoca a Platón al recordarnos que en el *Fedro* los libros se consideran “decires escritos” y añade que todo lo que se hace se hace para algo y por algo. De inmediato el filósofo se pregunta qué le pasa a un decir cuando se fija, esto es, se le deja escrito. Evidentemente se intenta con ello proporcionarle algo que por sí no tenía: la permanencia. El decir, añade Ortega, como todo lo viviente, es fungible. Nacer es en él ya irse muriendo. El decir es tiempo y el tiempo es el gran suicida. Merced a la memoria puede el hombre salvar un poco a su decir o al que ha escuchado, de la fulminante corrupción ajena a todo lo temporal. Antes del libro manuscrito no había, en efecto, otra forma en que pudiera conservarse y acumularse el saber pretérito –del pasado propio o ajeno– que la memoria. He aquí uno de los fundamentos más robustos para la autoridad de los ancianos: eran los que sabían más porque tenían más larga memoria, eran más “libros vivientes” que los jóvenes, libros, por así decirlo, con más páginas. Mas la invención de la escritura, creando el libro, desestancó el saber de la memoria y acabó con la autoridad de los viejos. El libro, al objetivar la memoria, materializándola, la hace en principio ilimitada y pone los decires de los siglos a la disposición de todo el mundo.

Ortega, en un gesto circense, nos sorprende, tras afirmaciones tan convincentes, interrogándose si esto es de verdad así. ¿Tiene el alfabeto

tan mágico poder que logre, sin más, salvar lo viviente de su ingénito morir? ¿El decir que se escribe queda por ello vivo? O lo que es igual, ¿sigue diciendo siempre lo que quiso decir?

Después de lanzar este desafío, invita a la vida, en cuanto suma de situaciones y circunstancias a presentarse en escena y nos dice: Nuestras palabras son, en rigor, inseparables de la situación vital en que surgen. Sin ésta carecen de sentido preciso, esto es, de evidencia.

Estamos sin duda algo fatigados y confusos, pero sigamos atendiendo el razonamiento. La escritura, al fijar un decir, sólo puede conservar las palabras, pero no las intuiciones vivientes que integran su sentido. La situación vital donde brotaron se volatiliza inexorablemente: el tiempo, en su incesante galope, se la lleva sobre el anca. El libro, pues, al conservar sólo las palabras, conserva sólo la ceniza del efectivo pensamiento. Para que éste reviva y perviva no basta con el libro. Es preciso que otro hombre reproduzca en su persona la situación vital a que aquel pensamiento respondía. Sólo entonces puede afirmarse que las frases del libro han sido entendidas y que el decir pretérito se ha salvado.

Creemos haber finalizado aquí nuestra peripecia libresca y poder sosegarnos, cuando Ortega nos lanza con la fuerza de una atronadora catapulta el aviso clarividente de Platón: “Confiando los hombres en lo escrito, creerán hacerse cargo de las ideas, siendo así que las toman por de fuera, gracias a señales externas y no desde dentro, por sí mismos... Atestados de presuntos conocimientos que no han adquirido de verdad, se creerán aptos para juzgar de todo cuando en rigor no saben nada y además serán inaguantables porque, en vez de ser sabios, como se suponen, serán solo cargamentos de frases”.

Quedo pensativo una vez más. “Cargamento de frases”. Esta sí que es “una buena frase”. Borges señaló que lo único que importa de un libro es ser leído, pues si está cerrado es sólo “un cubo de papel con hojas”.

Visitando con mi mujer hace poco tiempo una tienda de muebles, me extrañó ver en unos estantes varios libros escoltando un gran televisor.

Me acerqué a indagar qué libros serían y la dependienta me dijo sonriente: no son libros, fíjese, es una fila de volúmenes que ocupan el hueco. Parecen de verdad, pero únicamente sirven de adorno. Tomos encuadrados en piel, con títulos inventados. No tienen dentro hojas con texto, están vacíos. Quedan bien. ¿No le parece?

“Que no te falte la lectura. Prueba Nubico 1 mes gratis y disfruta de más de 60.000 libros y más de 80 de las mejores revistas. Actívalo ya en www.movistar.es, Nubico-esp20 y compártelo hasta con 5 personas”. Este mensaje acaba de entrar en mi teléfono móvil y lo reproduczo tal cual. Da qué pensar. ¡Nada menos que 60.000 libros! Muy lejos quedan los instructivos de la Enciclopedia Pulga y las nueve series temáticas de la insuperable Colección Austral con sus cientos de títulos. En esta nueva época digital los libros se han escapado de las bibliotecas y se transmutan por hechizo de algún mago o gigante en invasores incorpóreos, casi fantasmales, de los *eBooks*, capaces también de archivar títulos y autores sin fin.

Si Papini cuestionaba la permanencia del papel como soporte del dinero en billetes, los documentos, informes y libros, tachándolo de material efímero, ¿qué debemos decir ahora de los nuevos soportes informáticos? Un colega profesor de la Universidad me explicó que en poco tiempo desaparecerán los libros de texto e incluso las clases presenciales se sustituirán por conferencias o consultas *online*. Como usted ya sabe, añadió las sesiones con videopantalla hacen innecesarias las reuniones de ejecutivos. Estamos en el horizonte del teletrabajo y la telelectura. Le recomiendo un artículo de Juan Luis Cebrián donde advierte cómo “la concepción del mundo que emana de la cultura escrita se diluye en la fragmentación de Internet. Un diario, como un libro, es una obra unitaria; ambos responden a una concepción del mundo, una *Weltanschauung*, en la tradición germánica. El problema no es una cuestión comercial o económica, sino que afecta a la jerarquía del conocimiento. No es lo mismo ver una obra de teatro en un local o asistir a un concierto en vivo que hacerlo en la

televisión. Tampoco lo es estudiar en una computadora en vez de hacerlo con un libro de texto”. Escucho a mi colega y le pregunto su opinión acerca de los llamados audiolibros, que se pueden escuchar por un pequeño altavoz, una *Tablet* o un pinganillo colgado en la oreja. Ni siquiera hay que saber leer para entrar en el contenido del libro. “Ciento, basta con prestar un mínimo de atención, incluso conduciendo o trabajando, como hacemos con la radio o los discos. Y están las Audiotecas con sus accesos a las terminales que prefieran. ¡Miles de audiolibros a tu disposición!”. Me responde rápido. Afirma con un gesto y añado: “tal como veo el futuro cercano, que no estoy muy seguro de calificarlo como tal dada la velocidad de este tiempo que nos arrastra, dudo de que sea necesario aprender a escribir a mano, con pluma estilográfica, lápiz o bolígrafo. Como mucho, sobrevivirán los teclados, aunque también lo dudo y se escribirá normalmente al dictado, como en nuestras clases de ortografía...”.

– Volvemos entonces a la tradición oral y la voz como soporte en lugar del papel, amigo mío. ¡Qué paradojas!

– Verás, le digo. Una de mis nietas, que se llama nada menos que Sofía, en cierta ocasión que se quedó a dormir en casa de los abuelos, es decir, en la mía, pedía a mi mujer que le contase cuentos antes de dormirse. Margarita le dijo que sí, naturalmente, pero con una condición, que apagase la luz y escuchara. “No me importa, abuela, me da igual. Los veré por el oído”.